

Puntos de Referencia

EDICIÓN DIGITAL
N° 507 junio 2019

Bienes de la Historia

Joaquín Trujillo Silva

CENTRO DE ESTUDIOS PÚBLICOS

Recientemente, la sociedad chilena ha sido remecida por el anuncio de que la clásica asignatura de Historia se convertirá en optativa a partir de 2020 para los terceros y cuartos medios. Desde 2017, el Ministerio de Educación propuso varias modificaciones curriculares al Consejo Nacional de Educación, las cuales éste rechazó. La última anunciada, fue la modificación aprobada.

El anuncio ha despertado suspicacias. El Ministerio ha salido en su defensa. En la prensa se han sucedido artículos detallando la modificación, como también columnas de opinión y cartas colectivas, en uno y otro sentido, desfavorables, las más.

La coyuntura ha despertado la pregunta acerca de la importancia que tiene la asignatura en la formación de los estudiantes de educación media, la necesidad de reemplazarla por una de “formación ciudadana”, y si realmente los contenidos pueden concentrarse entre séptimo básico y segundo medio.

Puesto que en virtud de la ley 20.911 del 2016, el Ministerio está obligado a implementar una asignatura de “Formación ciudadana”, la solución salomónica pareció que dicha asignatura la impartieran los profesores de Historia, de tal suerte que mantuvieran de alguna forma lo que venían haciendo con los contenidos de educación cívica.

De todas maneras, el Ministerio de Educación ha hecho ver que, a través de las horas de libre disposición, los colegios podrían impartir más clases de Historia de las que ya imparten, si así lo quisieren, a los estudiantes que la eligieran.

Esta posibilidad abre la pregunta, a su vez, de si una asignatura como Historia puede ser dejada a la preferencia de los colegios y la de los estudiantes. En rigor, las preferencias son fundamentales en una sociedad libre, pero la filosofía de los contenidos mínimos sugiere que existan directrices.

Con todo, el asunto se vuelve más preocupante si se considera que el enfoque histórico en la educa-

Joaquín Trujillo. Es abogado (2011), magíster en Estudios Latinoamericanos (2016) y estudiante del Doctorado en Literatura de la U. de Chile (2018-). Investigador del CEP, profesor asistente e invitado de las facultades de Derecho de las Universidades de Santiago de Chile y de Chile, respectivamente (2011-, 2018-). Email: jtrujillo@cepchile.cl.

ción escolar ya sufrió un significativo revés con la supresión de la Prueba de Aptitud Académica de Historia y Geografía (que había sido obligatoria desde 1984), manteniéndose únicamente la prueba de contenidos específicos de la PSU (Historia y Ciencias Sociales) como optativa.

Lo que claramente es un deterioro significativo en la presencia de los enfoques históricos en la escolaridad chilena bien podría aceptarse como necesario ofreciéndose un listado de razones poderosísimas para solventar lo que a todas luces es un detrimento de dicho enfoque, tal vez en favor de otros más acuciantes.

Sin embargo, al consultar las actas del Consejo Nacional de Educación, disponibles en su página web, se observa que la discusión acerca de la pertinencia de esta modificación se reduce a una mera descripción de formalidades. ¿Es parte esto del deterioro de las historias fidedignas de la ley que hacía ver *El Mercurio* en su editorial del 19 de febrero de 2019?

Ante esto, ofrezco un listado de seis bienes que el enfoque de la Historia cautela, esperando contribuir a la discusión.

La Historia ha sido considerada por decenas de historiadores, escritores y filósofos de las ideas, la maestra más concreta de: 1. **la inteligibilidad**, 2. el **clasicismo**, 3. el **escepticismo**, 4. la **libertad**, 5. la **anticipación** y 6. el **incentivo**.

Repasémoslos:

1. La inteligibilidad: ¿Por qué somos capaces de si quiera mencionar algo así como la Antigüedad, la Edad Media o la Modernidad? Estas larguísimas etapas fueron de tales proporciones que difícilmente alguien que no sea un personaje longevo de Virginia Woolf o Simone de Beauvoir se puede referir a ellas de forma vivencial. En rigor, estas categorías amplias son el destilado de inmensas acumulaciones de materiales, estudios

y reflexiones acerca del tiempo. Los medievales no sabían, por ejemplo, que el Imperio Romano se había desmoronado del todo y que esta caída en Occidente marcaba la transición hacia la época que ellos vivían. En buena medida llamamos Modernidad a la capacidad de leer categóricamente ese pasado confuso de tantas invasiones y fortificaciones que se llamará Medioevo. Esta misma lógica es la que puede ser aplicada a etapas mucho más acotadas. Ella ayudó no solamente a leer el tiempo común sino también el tiempo personal. Las personas pueden así describir sus propias vidas, distinguir, como lo hiciera Dante, etapas oscuras o claras, hacerlas legibles para sí mismas. La historia no es solo maestra de una inteligibilidad monumental, sino que de las mínimas autobiografías inéditas.

2. El Clasicismo: Como en un paisaje, sin la perspectiva de la historia nada se tiñe del grosor del cielo, y no se sabe qué está antes y qué después. Por lo mismo, la Historia es una manera de ir entendiendo cuáles son las cosas permanentes y cuáles las provisorias en el acontecer. Quién tiene esta claridad se ubica mejor y no se deja manipular. Como en círculos concéntricos, lo permanente se va rodeando de lo constante, de lo frecuente, lo episódico, de lo anómalo y lo excepcional. Pueden hallarse cuestiones canónicas, deuterocanónicas, apócrifas y bastardas. Es esta experiencia acumulada del clasicismo la que pelagra cuando observamos que el consumo historiográfico de la ciudadanía chilena se viene inclinando fuertemente a sucedáneos de muy baja calidad, tales como teorías de la conspiración de toda laya, que son las que resultan verosímiles cuando se ha descuidado el conocimiento de explicaciones para la realidad actual tales como la reforma protestante, el proceso de la ilustración, las revoluciones industriales, las eras de los imperialismos y colonialismos, por ejemplo. La

historia es un gran diccionario de palabras que explican realidades que de otra forma quedarían entregadas a las mitologías contemporáneas.

3. El escepticismo: La capacidad de leer y por lo tanto de relatar el tiempo, como también la de distinguir la paja y del trigo, ayuda a dimensionar la realidad. Una mente que piensa históricamente sabe que en el mundo no hay nada definitivo, que tras mil años de medioevo el mundo puede llegar a lucir muy distinto en el transcurso de la mitad de ese tiempo. La historia es también maestra de prudencia. Ella enseña —porqué sí enseña y mucho— que las realidades que parecen más profundas e inmodificables, o las novedades que se creen absolutamente incontrarrestables, son polvo en el viento, pero un polvo —o mejor dicho, un lodo— en el que hay que vivir, un quinto elemento, como bromeó Napoleón, prontamente obligado al repliegue. Es este escepticismo el que gradúa los entusiasmos, enfría las cabezas y en general dispone a una participación política responsable. No es casual que las sociedades escépticas hayan sido los bastiones del rigor y la sensatez cuando estos parecían ya extintos en muchos lugares.

4. La libertad: Puesto que la historia hace más legible el tiempo del mundo y, por lo tanto, lo pone en los contextos de lo circunscrito, la historia propende a la libertad. En rigor, la historia no asociada al pensamiento histórico lo único que hace es subyugar. De ahí que los historiadores insistan sobre la diferencia entre las formas míticas de pensar y las formas históricas del pensar. Mientras las míticas condenaban a los seres humanos a la subyugación de los ciclos, del destino y lo inevitable en general, la Historia interrumpía esos giros en banda. Como la Historia ha sido el muro de contención opuesto al mito, la libertad se ha podido desenvolver en ese país que antes estaba sumergido bajo los mitos.

¿Cómo sabe un niño descalzo de talento musical moderado que puede llegar a ser Giuseppe Verdi? La historia está repleta de vidas ejemplares que primero liberan la mente y luego todo lo demás, que una y otra vez desmienten los malos hados. Pero hay una razón mucho menos mitologizante por la cual la historia es una maestra de libertad. Volvamos al caso del Medioevo. Son algunas personas las que poco a poco hacen esa diferencia que acabó por llamarse Modernidad. Desde Dante a Galileo, pasando por Leonardo y Maquiavelo, la suma de todas estas libertades tan personales y desconfiadas de las explicaciones, no solo de la religión católica, como sí de la mismísima autoridad de Aristóteles, es lo que las remontó por sobre la dominante atmósfera medieval, no para restaurar la Antigüedad, sino que inspirados en su libertad de conclusiones en muchos casos equivocadas, conquistar la posibilidad de una libertad que llegara a no equivocarse tanto.

5. La anticipación: Resulta que además la Historia ha posibilitado y probablemente continuará posibilitando algo muypreciado por los seres humanos. Y es que el análisis histórico, codificado o no en otras disciplinas supuestamente menos humanísticas, nos ha hecho capaces de anticiparnos a lo imprevisto. Se trata de una anticipación que es muy distinta a la intuición premonitoria. La Casandra de Stefan Zweig, en *El mundo del ayer*, que anticipa la guerra y pocos la escuchan, tiene en el pensamiento histórico un auditorio seguro. Mark Twain dijo que la historia no se repite, pero sí que rima. Del mismo modo como los lectores de poesía aprenden a presentir el ritmo de la rima, los modestos conocedores de la historia distinguen los callejones sin salida no debiendo entrar en ellos.

6. El incentivo: Quien no aspire a irse al Paraíso, a la Yanna o al Walhalla, al menos, podrá aspirar

a irse a la historia. Es decir, un mundo sin tras-mundo conserva la historia como premio de consuelo: La historia es ese océano al que todas las famas quieren ir a dar. Pero si, poco a poco, se elimina ese paraíso laico, ¿cuál habrá de ser el incentivo de los que no creen para hacerse notoriamente mejores? Sin duda que los fines del individuo contemporáneo difieren en muchos sentidos de la buena fama y la honra, pero de alguna manera no del todo reconocible se orientan por quedar bien ante sí o ante al menos una mínima fracción del mundo.

Si bien todo enfoque histórico casi necesariamente tiende a trasuntar estos aspectos por muy débil que sea, puede decirse que ninguno de ellos es resumible por las asignaturas que continuarán siendo

obligatorias para tercero y cuarto medio, esto es, matemáticas, lenguaje, ciencias naturales (“ciencias para la ciudadanía”), inglés y formación ciudadana.

Aunque la asignatura no desaparece del currículum, y, como ha dicho el Ministerio la electividad puede favorecer a los estudiantes que estén especialmente interesados en ella, no parece obvio que ir limitando aspectos tan fundamentales de la educación a las preferencias íntimas adolescentes y juveniles sea un buen criterio para esta y futuras reformas.

Más que una crítica a la modificación, este punto de referencia ha tenido por objetivo recordar los bienes de la Historia y precaver la posibilidad de una mala tendencia. **PdR**